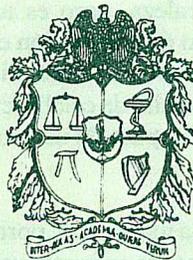


**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA**  
**Sede Manizales**



## **BOLETIN AMBIENTAL XVII**

**INSTITUTO DE ESTUDIOS AMBIENTALES**  
**IDEA - CAPITULO MANIZALES**

### **DESTINO Y ESPERANZA DE LA TIERRA**

Por: Augusto Angel Maya(\*)

Hablar del Destino y Esperanza de la Tierra puede albergar muchos y dispares significados. La tierra encierra no sólo la historia del hombre, sino igualmente la historia de la vida y estos dos procesos no siempre han coincidido. El futuro de la tierra no tendría objeciones, si en el camino de la evolución no se interpusiese el hombre. La vida ha venido adaptándose y conquistando los diferentes espacios a lo largo de dos mil millones de años. Salió posiblemente de las aguas dulces para penetrar en el océano y de allí subió a los continentes, para conquistar posteriormente la atmósfera. Los cataclismos geológicos o climáticos no lograron detener su curso. La ciencia ha dividido las grandes eras por los rastros de inmensos cataclismos. Al final del período primario los mares se hundieron, pero se elevaron de nuevo en forma violenta, cambiando las formas de vida a su alrededor. El límite entre el secundario y el terciario está marcado por inmensos sacudimientos que dieron origen a muchas de las crestas cordilleranas de hoy. El cuaternario aparece caracterizado por oscilaciones climáticas inducidas por diferentes glaciaciones.

Sinembargo, a pesar de las múltiples catástrofes, la vida pudo continuar su rumbo. Mejor aún, no se trataba de catástrofes. En el estricto sentido de la palabra, no existe una catástrofe natural. La vida se construyó sobre los escenarios de transformaciones geológicas o climáticas, adaptándose a ellas o, mejor aun, evolucionado con ellas. Las erupciones volcánicas renuevan el nitrógeno que requiere el sistema vivo. Otros fenómenos hacen evolucionar la vida hacia formas distintas, pero ninguna de las llamadas catástrofes naturales atenta contra el sistema de la vida. El inmenso cataclismo sucedido hace unos 65 millones de años y que algunos científicos atribuyen a una lluvia insólita de meteoritos, acabó con muchas especies de animales, pero las plantas no sufrieron mayor perjuicio. Ello significó posteriormente nuevos caminos evolutivos y no la extinción progresiva de la biodiversidad. La vida se recompone de acuerdo con las condiciones del medio.

(\*) Profesor As. Universidad Nacional de Colombia. Instituto de Estudios Ambientales

Desde el punto de vista de las condiciones ecosistémicas, la tierra tiene futuro y esperanza. El nombre de catástrofe se lo hemos colocado como motete a la naturaleza, pero es un concepto que pertenece a la cultura. Sin la intervención del hombre la vida seguiría su curso de adaptación evolutiva, protegiéndose de la sequedad con las hojas carnosas o del frío con la abrigada piel de los frailejones. Si en el día de hoy nos vemos obligados a celebrar la festividad de la tierra, no es porque la tierra necesite de celebraciones, sino porque el hombre necesita celebrarla, para recordar que él mismo hace parte de ella. Después de un prolongado exilio, el hombre siente la necesidad de reacomodar sus pasos sobre la madre tierra.

Sin embargo, el hombre no ha roto la armonía de la naturaleza, porque sea un peligroso animal predador. El hombre no es el responsable de la catástrofe ambiental porque su innata voluntad lo incline hacia la destrucción y la muerte. Fué el mismo proceso evolutivo el que arrojó al hombre del paraíso ecosistémico. La mano prensil, la vista estereoscópica, y esa gran máquina relacionadora que es el neocéfalo lo lanzaron al difícil y riesgoso camino de la instrumentalidad. Por eso el futuro de la tierra no es el retorno al paraíso. No podemos abrigarnos de nuevo en el estrecho márgen de un nicho ecológico, para colaborar desde allí al equilibrio de la vida. No podemos renunciar a ser animales tecnológicos ni retornar al abrigo de las selvas, de donde fueron arrojados nuestros antepasados hace unos 40 millones de años. La evolución es un camino de una sola vía. De la misma manera que el condor no puede abandonar su nicho de mortecino, para trasladarse a otro sitio mas digno de la estructura trófica, tampoco el hombre puede sepultar sus herramientas para acomodarse en el simple nivel de predador.

Sin embargo, el incierto destino de la tierra que hoy nos congrega en su celebración tampoco se debe exclusivamente al manejo de una compleja tecnología. Evidentemente las veinte mil cabezas nucleares clavadas en el corazón de la tierra amenazan la vida misma. Pero esas 20.000 cabezas son el mejor monumento de una cultura construida sobre la muerte y para la muerte. El tráfico de las armas, que es el tráfico de la muerte, supera cualquier otro renglón del mercado internacional, incluido el narcotráfico. 800.000 millones de dólares gasta el hombre anualmente para armarse y para asesinar. Un millón y medio de dolares por minuto. Es esta inmensa capacidad de odio y de injusticia lo que amenaza el futuro de la tierra. Una cultura para la muerte trae consigo necesariamente una tecnología para la muerte.

Pero el incierto destino de la tierra no depende solo del odio y de la guerra. El odio y la guerra surgen a su vez de la explotación del hombre y del saqueo de los pueblos. El problema ambiental no es solo ni principalmente un canto idílico al hermoso perfil de la vida. Es también un cuestionamiento a los sistemas de organización social y política.

Lo que nos arrojó de la tierra no fue la tierra misma, sino la violencia social. Fueron las condiciones injustas de lo que Sócrates llamaba la "ciudad pútrida y tumefacta" lo que impulsó al hombre a la búsqueda de los paraísos perdidos. La naturaleza fue descalificada porque taimadamente fue asimilada con la injusticia. Fue incluida en ese gran saco de desprestigio que se llamó "la materia" y el hombre huyó para buscar perfiles de virginidad inmaterial, renegando de su condición terrena.

Sin embargo, la grave crisis que hoy enfrenta el hombre no es la consecuencia directa de un comportamiento moralmente desviado. Tampoco las soluciones pueden esperarse de la buena voluntad enderezada. No es prioritariamente un problema de ética individual, aunque también se requiera una nueva ética, que abarque no solo las relaciones entre los hombres, sino igualmente, la responsabilidad con el sistema de la vida. El problema ambiental es ante todo un problema de organización sociopolítica. El incierto destino de la tierra está vinculado a los sistemas de saqueo de los pueblos y de explotación del hombre. El horizonte del futuro no se nubla solamente por el peligro de una explosión nuclear que haga arder la tierra como un insignificante caldero. La imagen favorita del ambientalismo, impuesta por el documento de trabajo de la Conferencia de Estocolmo, que compara al planeta a una nave unitaria en la que todos viajamos, hace olvidar con facilidad que en la nave viajan capitanes y furgoneros.

El problema ambiental de los países ricos está vinculado a los procesos de acumulación que hacen fluir hacia el Norte los recursos de la tierra. Es en el hemisferio norte en donde se ha consumido el ochenta por ciento de la energía fósil para contribuir a la opulencia de una tercera parte de los habitantes del planeta. Si las fuentes de energía fósil se están agotando y están contaminando la tierra, no es porque América Latina las haya consumido,

contando solamente con un uno por ciento del gasto energético mundial. El Tercer Mundo tampoco ha consumido los recursos minerales, que están en vías de extinción, a pesar de que sus suelos han suministrado la mayor parte de ellos. Además han proporcionado una mano de obra barata, para facilitar los procesos de acumulación.

El monopolio del desarrollo ha traído consigo también el proceso de acumulación científica y tecnológica. Los países ricos desarrollan más del 90% de la investigación y del desarrollo tecnológico. Por esta razón la investigación consulta sobretodo las necesidades de los países industrializados. Ello se ve con claridad en la industria de la salud, en donde las enfermedades beneficiadas son las producidas por la opulencia, como el cáncer. Todas las enfermedades tropicales no reciben más de un 3% de las sumas dedicadas a la investigación del cáncer.

El tercer mundo en cambio y América Latina en particular, viven las consecuencias ambientales del saqueo. El guano peruano fertilizó los cansados campos de Europa y en Lima solo dejó la riqueza ostentosa de algunos palacios coloniales. El estaño boliviano legó como recuerdo las bacanales europeas de los reyezuelos Patiño y la silicosis de los mineros de Huanuni. El azúcar del Nordeste Brasileño sirvió para talar la selva desde Bahia a Ceara y la inmensa riqueza del oro blanco solo dejó tras si los suelos erosionados y una de las regiones más atrasadas de América Latina. Los hermosos cèdros de Cuba se pueden visitar en los palacios de España y el oro americano que no fue utilizado como circulante cubre las iglesias barrocas de Europa. Los cedros y el azúcar cubanos dejaron tras si una Isla que no pudo construir un socialismo independiente, porque tuvo que permanecer encadenada a la esclavitud del oro blanco. La esclavitud del hombre es igualmente la esclavitud de la tierra. No es necesario ir tan lejos. Basta recorrer con un poco de amargura en el alma el paisaje desolado de Villa de Leyva que fue uno de los suelos cerealeros más rico de la colonia.

La pobreza es, sin dudas, como lo reconoció la Conferencia de Estocolmo, una de las causas principales de la problemática ambiental, pero la pobreza no es una condición innata ni es la herencia de un pecado original de los países situados al sur del trópico de cáncer. No existe una pobreza absoluta. Toda la pobreza es relativa a las formas de acumulación. La división entre países pobres y ricos es el más grave problema ambiental del mundo contemporáneo, como lo reconoció el Informe Brundtlandt de la Comisión de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo. Pero esta división a pesar de los esfuerzos por implantar un Nuevo Orden Económico Internacional, inaugurado solemnemente en las Naciones Unidas en 1974, tiende a agrandarse.

Sin embargo, los países pobres viven continuamente de la ilusión de atrapar en el camino del desarrollo a los países ricos. No hay conciencia todavía de que este desarrollo, el desarrollo basado sobre el petróleo, el automóvil, el plástico, el desperdicio, la competencia, el crecimiento del producto interno bruto, no es viable. No existe actualmente la tecnología para hacer extensiva la opulencia a todos los habitantes de la tierra. Este estilo de desarrollo es necesariamente selectivo, porque se basa en el saqueo de los países pobres, a través de las estrictas leyes del mercado. La acumulación se da al norte del trópico del Cáncer con unos pequeños reductos de opulencia en las tierras del sur. Acumulación energética: Un ciudadano norteamericano consume 50 veces la energía de un hindu y mil veces la de un nepalés. Acumulación proteínica: Europa entrega para alimentación animal el equivalente a toda la leche en polvo que consumen los países pobres. Acumulación de recursos: Japón ha venido devorando en pocos lustros los bosques de Malasia.

El destino de la tierra es, por tanto, un destino dividido. Mientras los unos mueren de cáncer por saturación proteínica, los otros mueren de inanición: Según el Banco Mundial, en 1975 había 600 millones de habitantes en el tercer mundo por debajo de la dieta mínima exigida por la FAO. En el año dos mil superarán los mil millones. Mientras las ciudades de los países industrializados se estabilizan, dentro de un mesurado confort, las concentraciones urbanas de los países pobres crecen caóticamente, como una amenaza para el futuro. En el año dos mil la población urbana del tercer mundo duplicará la de los países industrializados. Agobiados por la deuda, con qué capital se van a solucionar los problemas ambientales de las ciudades: la basura, la contaminación atmosférica, los ríos convertidos en cloacas. Mientras los países industrializados conservan sus áreas boscosas, Latinoamérica taló en veinte años más de trescientos mil kilómetros cuadrados, el equivalente a una tercera parte del territorio colombiano.

El destino de la tierra, siguiendo el camino del actual desarrollo, está por tanto dividido. No existe un destino único. Puede decirse que para los países pobres el porvenir está sembrado de violencia, de hacinamiento en las ciudades, de miseria en los frentes de colonización. Pero como la cultura se ha hecho planetaria, la violencia de los pobres acabará sepultando las posibilidades de convivencia humana. No se cultiva impunemente la cultura de la violencia. La violencia contra la tierra se está convirtiendo en violencia contra el hombre, de la misma manera que la esclavitud del hombre se transformó en la muerte de la tierra.

Frente a este destino ambiguo y amenazante, cual es la esperanza de la tierra? La esperanza de la tierra es la esperanza del hombre. La tierra no es un inmenso fetiche, sino el teatro de la vida. No puede haber esperanza para la tierra, mientras exista desesperanza para el hombre. El optimismo desmesurado que se niega a ver los abismos que rodean el actual desarrollo, son cómplices de la tragedia. El realismo del análisis, en cambio, acabará moviendo la voluntad política de los pueblos. El canto apaciguante de las sirenas oculta el peligro y enmohece la voluntad de cambio. Es necesario gritar de nuevo para despertar la conciencia dormida.

La esperanza de la tierra está vinculada necesariamente al establecimiento de un nuevo Orden Económico Internacional, pero por encima de ello, está atada a una concepción diferente del desarrollo. Es indispensable recuperar la cultura como un instrumento de adaptación al medio y una forma de acople a las leyes de la vida. Esa es la responsabilidad de la universidad. Es indispensable reconstruir los neolíticos del trópico. El desarrollo no puede seguir dando la espalda al bosque tropical húmedo ni internándose en él para convertirlo en desierto. Es indispensable frenar la caótica expansión de las ciudades y convertir de nuevo el habitat en una morada para el hombre y no en una autopista para la velocidad ostentosa. Hay que retornar al criterio de que la producción agrícola debe estar orientada a la satisfacción de las necesidades biológicas del hombre y no a la reconversión energética para satisfacer la gula proteínica de las minorías. Que el alimento sirva para unirnos y no para ensanchar el camino de la violencia.

Todo ello requiere conciencia y voluntad política. El futuro de la tierra está indisolublemente vinculado a la construcción de una nueva sociedad. (Día de la Tierra, 1990).

Coordinador de la edición  
Alberto Marulanda López  
Profesor IDEA-u.n.